

¿Por qué no se mete en cintura a los mercados?



José Félix Tezanos
Director de *Temas*

Cuando estudiaba Derecho, en los años sesenta, el delito de "maquinación para alterar el precio de las cosas" merecía mucho respeto. También tenían bastante peso las disposiciones legales establecidas para meter en cintura a quienes practicaban la "usura" con intención de enriquecerse de manera desmesurada e injusta, a costa de las necesidades de las personas con menos recursos y posibilidades.

Este tipo de regulaciones no eran propias de las singularidades españolas de la época, sino que casi todos los países tenían claro que debían protegerse frente a los abusos y las disfunciones de un librecambismo extremo y sin límites. De hecho, en los Estados Unidos —que nadie podrá negar que es un paradigma del capitalismo— han sido

Cuando se habla de "los mercados" en realidad no se está hablando de Economía, como ciencia o como Política, sino de poder económico. Lo cual actualmente es tanto como hablar de poder en sí.

múltiples las medidas legales que se han tomado a lo largo de la historia para evitar concentraciones monopolísticas y actuaciones orientadas a sesgar inapropiadamente el funcionamiento del mercado (en singular).

La gran falacia

Los que nos iniciamos en el estudio de la Economía con el célebre manual de Samuelson pudimos entender y valorar el funcionamiento del mercado (en singular) como un mecanismo de ajuste entre la oferta y la demanda, que hasta hace pocos años prácticamente todo el mundo entendía que debía ser objeto de algunas regulaciones e intervenciones complementarias, orientadas a garantizar su eficiencia y a compensar equitativamente algunas de las desigualdades que podía generar por sí solo. Lo cual garantizaba unos equilibrios sociales imprescindibles y un adecuado clima de paz social y de estabilidad

política. Todo lo cual parecía bastante lógico y razonable.

Sin embargo, desde hace algunos años, sin que nadie nos haya consultado ni se haya tomado ninguna decisión democrática de signo contrario, este esquema se ha trastocado. Ahora los que imponen su ley son "los mercados" (en plural). Y en nombre de los mercados se nos dice en cada momento lo que hay que hacer o no hacer, cuáles son los recortes y sacrificios que se deben asumir (generalmente por parte de los países y las personas más débiles) y cómo se han de distribuir los costes de una crisis, que en realidad no tendría que haberse producido en la forma en la que se está produciendo.

De esta manera, eso que se califica como los mercados opera como una especie de divinidad inmisericorde y tiránica, a la que nadie osa enfrentarse ni cuestionar y que, de manera insaciable, pide más y más sacrificios y ofrendas rituales —¡hay que satisfacer y aplacar a "los mercados", se dice— a aquellos que menos tienen; y que, por lo tanto, cada vez tienen y tendrán menos; en tanto que la "clase sacerdotal" de esta nueva religión insaciable engorda sus cuentas y patrimonios, que mantiene bien resguardados —eso sí— en los inviolables templos sagrados de sus paraísos fiscales.

Cuando en el futuro se escriba la historia de este período, seguro que muchos analistas no serán capaces de entender cómo se pudo producir tal cúmulo de despropósitos y cómo la feligresía de los sufridos crédulos pudimos aceptar y aguantar durante tanto tiempo tamaña impostura. Lo cual podría dar lugar a una buena cantera temática de estudios y tesis doctorales. Si es que alguna vez decidimos enfrentarnos de verdad a los brujos y oráculos que interpretan oficialmente los sinos fatales de "los mercados".

En principio, para situarnos en condiciones de poder romper con esta peculiar concepción mágico-religiosa de la funcionalidad económica, habría que empezar preguntando ¿quiénes conforman realmente eso que se llama "los mercados"? ¿Quiénes están detrás de los ídolos? Y luego

habrá que analizar cómo esa minoría de augures y aprovechados ha logrado imponer la sumisión a sus intereses abusivos.

En realidad, cuando se habla de "mercados" generalmente no se está hablando de economía (como ciencia o como política), sino de poder económico. Lo cual, hoy por hoy, es tanto como hablar de poder en sí. A partir de ahí, cualquier falacia política ha podido presentarse como si de un pensamiento riguroso se tratara.

Por lo tanto, hay que tener claro que estamos ante una pugna taimada en defensa de privilegios e intereses muy concretos que se encuentran organizados en diferentes escalones, que responden de maneras distintas, pero complementarias, al propósito de obtener ventajas de la situación establecida.

¿Quiénes están detrás de "los mercados"?

El primer escalón del reducido grupo que se beneficia de la actual dinámica está constituido por una red de empresas de intermediación financiera que se han especializado en comprar y vender de manera bastante rápida, arruinando y exprimiendo a quienes pueden y obteniendo pingües beneficios en períodos muy cortos de tiempo, a veces sin arriesgar prácticamente nada y sin moverse de sus pequeños y lujosos cubículos.

Los que lideran "los mercados" están beneficiándose de un tipo de economía cada vez más inestable y parasitaria, que crece y se desarrolla sobre la destrucción y el enflaquecimiento de los más débiles.

Las formas de operar de esta red empresarial, aunque a veces se pretenden presentar como algo muy inteligente e imaginativo —incluso se habla de ingeniería financiera— en realidad bordean el terreno de la estafa y el engaño, como se ha visto en múltiples ocasiones. Lo cual suele reportar grandes beneficios, incluso en los peores momentos de crisis. Por ejemplo, una de las principales gestoras de fondos de inversión de alto riesgo (Brevan Howard) ha llegado a ganar 1.500 millones de dólares durante las tres semanas de mayor inestabilidad del pasado mes de agosto. Es decir, mientras unos pierden bastante, otros ganan en grandes cantidades.

En torno a esta peculiar "industria" ha crecido una reducida clase de "financieros en la red", formada por jóvenes y brillantes licenciados y masterizados que son seleccionados por su imagen, su inteligencia, su rapidez de re-

flejos, sus dotes persuasivas, su codicia y su ciega sumisión al modelo establecido.

El resultado de las acciones de este grupo es una economía cada vez más inestable, volátil y parasitaria, que crece y se desarrolla sobre la destrucción y el enflaquecimiento de aquellos a los que parasita, que son lógicamente los más débiles. No es extraño, pues, que varios gobiernos europeos hayan tomado últimamente medidas limitando algunas acciones especulativas a muy corto plazo. De hecho, si no se pone coto a tal tipo de actividades es que todos los que no formamos parte del tinglado nos hemos vuelto tontos de remate. O somos masoquistas.

Un segundo escalón del núcleo de poder al que se califica como "los mercados" está formado por los que controlan los grandes fondos de inversión, que engordan también a costa de los más pequeños y los más débiles y que, lógicamente, se suelen encontrar en sintonía y convivencia utilitaria con los que trabajan el día a día en el escalón anterior. Entre los que integran este grupo se encuentran grandes fondos de inversión del ahorro privado, fondos de pensiones, fondos de alto riesgo y los fondos soberanos, muchos de ellos vinculados a familias y países conectados a la industria del petróleo, en la que, como es sabido, determinados carteles operan de manera concertada con total descaró, fijando los precios del petróleo a su antojo y esquilmando las economías de muchos países, a los que luego con ese mismo dinero someten a las ya referidas operaciones especulativas; doblemente esquiladoras, pues.

Un tercer escalón es el de las "agencias de calificación", que se encargan de proporcionar a los anteriores sectores munición analítica y argumental y presentaciones estratégicas, generando climas de opinión y de valoración que posibilitan las operaciones especulativas más jugosas; especialmente conectadas a los intereses que se "fuerza" a pagar a los países más débiles, y ciertamente menos ortodoxos y rigurosos en el cumplimiento de sus obligaciones tributarias y presupuestarias. Pero la historia es la de siempre. Al final son los más débiles los que tienen que esforzarse y sacrificarse en mayor grado por engordar las cuentas de los especuladores y los poderosos. Porque, curiosamente, cuando a un país más débil y endeudado se le baja su calificación esto no significa que a partir de entonces nadie le preste dinero (por su inseguridad proclamada oficialmente por las agencias), sino que el dinero se continúa prestando, pero reportando a los prestamistas unos intereses notablemente superiores. A veces increíblemente superiores a los que pagan los países más "solventes" y más fuer-

tes. Por ejemplo, Grecia ha llegado a pagar por su deuda ¡diez veces más que Alemania! Y por la deuda a largo plazo ni se sabe. ¡Qué magnífica historia sobre usura y sobre empobrecimiento hubiera escrito Dickens con estos mimbres, sólo con cambiar de planos y de esferas!

Poder económico y poder político

El problema de fondo –del que apenas se habla– estriba en las interdependencias y convivencias existentes entre estos tres grandes –pero no únicos– escalones de poder, con sus terminales en el mundo de la comunicación y de la política. Y nótese que no he mencionado el dinero de la droga, del crimen organizado y de otras zonas opacas del mundo financiero.

Lo que hasta ahora se ha sabido sobre las formas de actuar del Imperio Murdoch, por ejemplo, es sólo una pequeña punta del iceberg de una realidad espeluznante. Al igual que lo son muchas de las operaciones de acoso y derribo practicadas contra algunos de los líderes políticos y los medios de comunicación que no se han avenido en los últimos tiempos a aceptar sumisamente la lógica de juego impuesta por el conglomerado de poder económico al que se ha puesto de moda calificar como “los mercados”. Un conglomerado que practica procedimientos claramente “usureros” y que maquina de continuo para “alterar el precio de las cosas”. Dos tipos delictivos –y disfuncionales– que habría que ser capaces de activar en todo su alcance, al igual que la “fuga de divisas” (a paraísos fiscales), a nivel internacional, antes de que sea demasiado tarde.

Frente a estos tres escalones de poder, con todas sus conexiones y derivadas, se encuentran dos escalones de referencia, que son los que están dando la cara ante las olas de malestar y de protesta (a veces violenta) que están surgiendo en nuestras sociedades. ¡Y estamos sólo ante el principio! Uno de esos escalones es el de la propia economía real. Es decir, las empresas que realizan actividades de utilidad, que se esfuerzan, que trabajan y crean empleo, incluidas aquellas entidades bancarias que actúan correc-

tamente, y sin cuyos créditos y actividad habitual no podríamos comprarnos una casa, o un coche, u otros bienes útiles, aquellos que no tenemos fortuna personal, o sin las que los empresarios y emprendedores no podrían poner en marcha sus iniciativas, ni funcionar normalmente.

Sin embargo, por razón de imagen e inmediatez, son precisamente los que se sitúan en este escalón los que están empezando a polarizar la ira popular y a pagar los platos rotos, mientras que el núcleo central de poder de “los mercados” permanece a la sombra y más alejado de los riesgos.

En el segundo “escalón” de los que tienen que “dar la cara”, ante el despropósito económico establecido, están los líderes y los partidos políticos. Su desprestigio está acentuándose a marchas aceleradas, incluso el de los partidos de izquierdas, que han sido sometidos en los últimos



años a unas presiones tremendas para forzarles a aceptar lo que era inaceptable para ellos. De forma que ahora muchos de estos partidos carecen de los líderes adecuados y de la credibilidad necesaria para hacerse eco de la ola de malestar que está creciendo y para poder canalizarla de manera política adecuada. Lo cual está acentuando considerablemente los riesgos disruptores y de estallidos antisistema; que también tendrán notables costes económicos.

Los riesgos que se avecinan

No sé si los que conforman los núcleos de mayor poder e influencia en el tinglado especulativo que se ha ido creando serán conscientes de los riesgos económicos, sociales y políticos que se avecinan. O, incluso, si serán ca-

paces de ser conscientes de ellos, antes de tener que recurrir a alguna estrategia de atrincheramiento y/o bunkerización. Pero, lo que si es cierto es que todos los que no formamos parte de ese tinglado, ni nos beneficiamos de él, tenemos que reaccionar antes de que la situación sea insostenible.

El problema es que el tinglado parasitario ha crecido de manera enorme y desmesurada y su poder e influencia a veces desborda los límites de la imaginación. Pensemos, por ejemplo, que el dinero que se calcula que se maneja en operaciones de inversión especulativa a corto plazo y en algunas iniciativas de la impropriadamente calificada como "ingeniería financiera" es de quinientos billones de dólares, y que solamente los grandes fondos de inversión y de pensiones manejan activos por valor de más de 32 billones de euros. Es decir, 32 veces el Producto Interior Bruto de España. De hecho, los recursos de los mayores fondos soberanos son superiores al PIB de varios países europeos.

De esta manera, la actual dinámica económica está conduciendo a una creciente bipolarización de nuestras sociedades, entre unos núcleos ricos que cada vez son más ricos y unas amplias mayorías que ven como su situación tiende a deteriorarse, sin que prácticamente nadie les

Los partidos de izquierdas han sido sometidos en los últimos años a unas presiones tremendas para forzarles a aceptar lo que era inaceptable para ellos, de forma que ahora carecen de los líderes adecuados y de la credibilidad necesaria para hacerse eco de la ola de malestar que está creciendo.

explique qué habría que hacer para remediarlo. De hecho, durante los dos últimos años de crisis, en los que muchas personas han sufrido sus efectos, el grupo de individuos que tienen una fortuna superior a los mil millones de dólares (que ya es dinero) han pasado de ser 793 en 2009 a 1.210 en 2010. Lo cual supone un crecimiento del 52.6%, habiendo ascendido en sólo dos años sus patrimonios personales conjuntos de 2,4 billones de dólares a 4,5 billones. Es decir, casi el doble; bastante más que la suma del PIB de los países más pobres de este Planeta.

Se trata de cifras y realidades que asustan. Sobre todo en la medida que nos pueden situar ante riesgos muy serios para el futuro de nuestras sociedades, en tanto que sociedades abiertas y democráticas, ya que por la senda ex-

tema de dualizaciones y fragmentaciones económicas y laborales por la que vamos será difícil que el modelo establecido se continúe sustentando sobre la base del consenso y la aprobación democrática mayoritaria de los ciudadanos. De momento, la explicación cuasi-religiosa de los mercados ha "colado" temporalmente entre algunos sectores sociales, aunque no ha convencido, ni ha funcionado. El problema es que, cuando caigan los velos que mantienen un tanto oscurecida la explicación cuasi-mágica de los mercados, no sabemos los daños objetivos y subjetivos que se habrán causado en instituciones políticas y económicas que cumplen un papel central en la lógica de funcionamiento de las sociedades democráticas.

¿Por qué no se reacciona?

Frente a estas dinámicas, algunos países podrán situarse en mejores condiciones de defenderse y protegerse, básicamente en base a economías más robustas, mejor organizadas y más solventes y equilibradas financieramente. Incluso, los grandes grupos de poder de estos países podrán integrarse en los núcleos centrales de beneficiarios del sistema. Si no lo están ya. Pero esa opción es sólo un salvavidas temporal y parcial, ya que el problema ante el que nos encontramos es más de fondo y tiene unos límites funcionales que no son fáciles de anticipar y entender, en directa conexión con varios de los errores que se han venido cometiendo durante los últimos años en las políticas económicas.

De ahí la urgencia en reaccionar debidamente y la necesidad de concitar nuevos consensos en torno a reglas de juego razonables y viables, empezando por meter en cintura a los que "maquinan para alterar el precio de las cosas", a los que practican la "usura" más despiadada, a los que recurren al burladero de los "paraísos fiscales" para no rendir cuentas ante nada ni ante nadie y, en definitiva, a los que no están dispuestos a acomodarse a las reglas de la democracia y, a veces, ni siquiera a someterse al imperio de la ley. Es decir, o las sociedades abiertas y democráticas meten en cintura a eso que impropriadamente se califica como "los mercados", o los poderosos y los aprovechados que se parapetan bajo tal eufemismo acabarán metiendo en cintura a las sociedades democráticas y a todos los sectores sociales que se benefician de las conquistas que han sido alcanzadas en los países avanzados durante los dos últimos siglos. El dilema no es poca cosa. ¿Dónde están los líderes y los partidos capaces de empezar a enmendar tanto desatino? **TEMAS**